

CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE
ARTÍCULO 3: LA SAGRADA ESCRITURA
II INSPIRACIÓN Y VERDAD DE LA SAGRADA ESCRITURA
Puntos (105-108)

Entramos en un apartado que tiene como título Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura. Habíamos explicado en el programa anterior, *Cristo palabra única de la Sagrada Escritura*. Como digo, el título de la Catequesis actual, Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, a partir del punto 105, que dice:

105 “Dios es el autor de la *Sagrada Escritura*. Las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la *Sagrada Escritura*, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo. La Santa Madre Iglesia, fiel a la base de los Apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales, han sido confiados a la Iglesia.”

La primera afirmación es una afirmación solemne. Creemos en la Sagrada Escritura en el sentido de que reconocemos a Dios como autor de la Sagrada Escritura. Decir que Dios es autor de la Sagrada Escritura, es una afirmación que la solemos expresar litúrgicamente cada vez que asistimos a la Santa Misa en la que se proclaman las lecturas. Al terminar la Primera Lectura del Antiguo Testamento, quien la proclama dice: *Palabra de Dios, te alabamos Señor*. Le alabamos a Dios por habernos hablado y sabemos que esa es Palabra de Dios, que no es palabra de los hombres. Lo mismo, la Segunda Lectura, que suele ser generalmente de una de las Cartas de Pablo o de las Cartas Apostólicas. También se dice *Palabra de Dios*, y en el Evangelio se dice *Palabra del Señor*. Respondemos, *Gloria a Ti Señor Jesús*. Damos gloria a Dios por la Revelación, porque eso que hemos escuchado no es palabra del hombre, sino que es Palabra de Dios.

También recordamos en algún pasaje de las Cartas de Pablo en las que dice: “*Damos gracias a Dios porque cuando os predicamos la Palabra, la acogisteis no como palabra de los hombres sino como Palabra de Dios*”. Debemos saber distinguirlas. La inspiración del Espíritu no ha servido únicamente para que esa Palabra de Dios haya sido inspirada, sino también a nosotros, la inspiración del Espíritu Santo en la tradición de la Iglesia, en el seno de la Iglesia, nos ha ayudado para reconocerla. Es decir, el Espíritu Santo ha inspirado para que sea escrita, y el Espíritu Santo inspira a la Iglesia para reconocerla como Palabra de Dios. Esto es algo que no se trata de una inspiración ligada únicamente a un papel. Esa inspiración está ligada al seno de la Iglesia, en la cual ha sido escrita la Palabra de Dios y en la cual ha sido reconocida como Palabra de Dios.

Cuando decimos que Dios es el autor de la Sagrada Escritura, no lo entendemos, por ejemplo, al modo del Islam, que suele entender a Alá como inspirador del Corán. La explicación que da el Islam de cómo el Corán es palabra de Dios, habla de que el Arcángel Gabriel dicta a Mahoma lo que tiene que escribir en el papel. Sin entrar a hacer ningún juicio de tal cosa, fijaros que se entiende que Dios, en el Islam, es autor en un sentido literalista. El Ángel Gabriel le dicta a Mahoma, que en una cueva se pone a copiar. Bien, no es ese el sentido en el que nosotros decimos que Dios ha inspirado la Palabra de Dios o Dios es el autor de la Palabra de Dios. No estamos diciendo que los evangelistas hayan escrito al dictado del Espíritu Santo o al dictado de un ángel. San Mateo o San Marcos no han tenido a un ángel a su lado que les diga: “*escribe, coge el bolígrafo y empieza a dictarle*”. No, no es en ese sentido literalista. Decimos que Dios es autor, en el sentido de que es capaz de intervenir en las causas segundas, sin anularlas, sino siendo capaz de sostenerlas, y respetando su libertad, y al mismo tiempo Dios se está expresando en ellas.

Esto es algo impresionante pero así lo cree la Iglesia. Por ejemplo, cuando decimos que “Dios me inspiró para decir esto”. No pretendo decir que el ejemplo que voy a poner ahora sea totalmente al cien por cien identificable con cómo Dios inspira la Palabra de Dios, pero creo que ayuda a entenderlo. Cuando hacemos una obra buena, decimos que es por la Gracia de Dios que la hemos hecho. Pero al mismo tiempo nosotros hemos actuado con nuestra libertad. Es decir, el hecho de que por la Gracia de Dios hayamos hecho una cosa buena, no quiere decir que nosotros no hayamos participado en esa cosa buena que hemos hecho. Nosotros hemos sido, en cierto sentido, los autores directos, pero claro, la Gracia de Dios nos ha sostenido, nos ha inspirado, nos ha conducido, y ha finalizado la obra. Ha sido como una colaboración entre Dios y el hombre. ¿Esa obra buena de quién es, de Dios o de nosotros? Pues de los dos. Sin la Gracia de Dios no lo hubiésemos hecho, y al mismo tiempo podemos decir que yo la he hecho, porque Dios me ha dado una libertad, una voluntad, he podido colaborar con la Gracia de Dios que ha movido mi libertad.

Este ejemplo sirve, aunque es verdad que hay algo más que la forma y el momento de la inspiración para escribir la Escritura. Se podría decir que hay una elevación del entendimiento y de la voluntad especial para inspirar la Palabra de Dios, para inspirar a quien está escribiendo la Palabra de Dios. Pero creo que el ejemplo sirve para que no entendamos la inspiración de la Biblia como si alguien hiciese de instrumento de Dios en un sentido no libre o instrumental, como si no hubiese él colaborado con su libertad en ello. Pongamos el ejemplo de una pluma. La pluma no es un ejemplo bueno porque no tiene libertad. Es decir, Dios escribe la Biblia sirviéndose de San Lucas o de San Mateo, como de una pluma. Cogió la pluma, y con la pluma escribió el libro, y esa pluma se llamaba San Juan, o se llamaba San Pablo. Este ejemplo se podrá poner en alguna ocasión, pero no es un ejemplo bueno porque la pluma es un ser inerte, que no tiene libertad. Por otro lado, San Pablo y San Lucas tienen su estilo, y este estilo de los autores no queda anulado por el hecho de que estén siendo instrumentos de Dios, inspirados por el Espíritu Santo para escribir la palabra de Dios. Los autores de la Sagrada Escritura han sido inspirados para escribir la Palabra de Dios, pero eso no quiere decir que se haya anulado su libertad ni su propio estilo. La inspiración consiste en que Dios garantiza que va a existir una

palabra de vida y una palabra de verdad que preserva del error. Cada autor tiene su propio estilo, y si analizamos el estilo de San Lucas comparado con el estilo de San Marcos y San Mateo, hay un estilo muy diferente porque San Lucas era médico, y como médico, tenía una cultura muy superior. Podemos analizar también el griego, idioma en el cual están escritos los Evangelios. El griego de San Lucas era un griego mucho más culto que el de Marcos, porque era médico. Cada uno tiene sus cualidades, sus virtudes, su estilo. Los dos están inspirados por el Espíritu Santo, pero no es una inspiración en el sentido mecánico o de un escribir al dictado literal. No es eso lo que estamos afirmando cuando decimos *Palabra de Dios, Te Alabamos Señor*.

Además, esta forma de explicar la inspiración, conjuga muy bien con cuál es el estilo de Dios de hacer las cosas. Dios tiene un estilo de obrar entre nosotros, que es el estilo de no anular las criaturas, sino todo lo contrario, potenciarlas. Dios muestra su gloria a través de las criaturas. Así también podemos decir que Dios está inspirando la Sagrada Escritura sin anular a los autores, sino sirviéndose de ellos.

Para explicar un poco más en detalle, el texto *Dei Verbum II*, habla de los Libros Sagrados y Canónicos. Los libros de La Biblia son sagrados y sabemos que La Biblia no es un libro, sino que es un conjunto de libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. El Canon Bíblico contiene 73 libros, reconocidos como Palabra de Dios por parte de la Iglesia. La etimología de la palabra Canon era la caña o la vara que servía de norma o de medida. La Iglesia estableció un Canon para distinguir los libros que se consideran Palabra de Dios, que se consideran inspirados, de aquellos libros que podían ser muy buenos, pero que no fueron considerados Palabra de Dios. Fue allá por el año 380, cuando bajo el pontificado del Papa San Dámaso I, que la Iglesia instituyó el Canon Bíblico, con la lista del Nuevo Testamento y los libros del Antiguo Testamento. Era un momento en el que la Iglesia decidió establecer con exactitud qué libros serían Palabra de Dios, y esto sucede a finales del siglo IV. Luego, el Concilio de Trento, para dejar las cosas claras frente a Lutero, fijó el Canon de la Iglesia declarándolo dogma. Es decir, utilizando toda la autoridad dogmática de la Iglesia para afirmar tal cosa.

Pero eso no quiere decir que la afirmación del Concilio de Trento, fuese del Siglo XVI, sino que muchísimos siglos antes. En el año 380, con el Papa San Dámaso I, ya se había establecido el Canon. Básicamente podemos decir que consideramos como libros inspirados del Antiguo Testamento, aquellos que cuando Jesucristo vino a nosotros como la plenitud de la Revelación, los libros que Jesucristo escuchó en la Sinagoga y proclamó como Palabra de Dios, como inspirados. Los que estaban en el Canon cuando Cristo viene a nosotros, y como un judío también, reza en la sinagoga y escucha la Palabra de Dios en la sinagoga. Para nosotros Cristo es la clave del Canon del Antiguo Testamento.

Con respecto al Nuevo Testamento podría haber más dudas. Obviamente el momento en el que se terminan las Revelaciones es cuando muere el último de los Apóstoles. Pero claro, luego hallan unos libros, que en los primeros dos o tres siglos bailaron. Me refiero a bailaron en el sentido que eran considerados por algunos como Palabra de Dios y por otros no. Por ejemplo,

sobre todo el Libro del Apocalipsis y la Carta a los hebreos, que algunos lo incluían y otros no lo incluían. Hasta que finalmente la Iglesia decidió que era el momento de aclararlo. Fue a finales del Siglo IV, que se definen los libros que son inspirados y los que no. Había otros como la Carta de Hermas y La Didajé, que son libros de los primeros momentos de la Iglesia, que finalmente no fueron considerados como inspirados por la Palabra de Dios. Esto es lo que se llama Canon. En la Iglesia, lógicamente, al principio no fue necesario, pero después hubo que distinguir entre lo que consideramos Palabra de Dios y lo que no consideramos Palabra de Dios. Es la propia Iglesia la que tiene que hacer ese discernimiento. Por eso no existe Palabra de Dios sin tradición. Por eso dice el Concilio Vaticano II que las fuentes de Revelación son dos: la Palabra de Dios y la Tradición. Sin la Tradición no sabemos qué libros son Palabra de Dios y qué libros no son Palabra de Dios. Por eso no existe un libro fuera de la Tradición de la Iglesia. Cuando Dios inspira a un autor para escribir un libro, no pone “Made in China”, “Palabra de Dios”. Esto no es así. Es la Iglesia, es la tradición de la Iglesia la que reconoce en ese libro la inspiración del Espíritu Santo.

Pasamos al número 106 que en realidad ya lo hemos comentado en la explicación anterior aunque no lo hubiésemos leído, que dice:

106 “Dios ha inspirado a los autores humanos de los Libros Sagrados. En la composición de los Libros Sagrados, Dios se valió de hombres elegidos que usaban de todas sus facultades y talentos. De este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería.”

La primera afirmación es que no nos imaginemos a un autor que está escribiendo la Palabra de Dios en el sentido de que entra en trance. A veces nos imaginamos a un autor, por ejemplo, al Profeta Isaías, cuando está escribiendo su libro, nos imaginamos que entra en trance y entonces él no sabe ni lo que está escribiendo, pero el Espíritu Santo le mueve y escribe el libro. No es en ese sentido de entrar en trance y que su mano sea movida por el Espíritu, sino que ellos nunca han sido tan conscientes de lo que estaban escribiendo como cuando Dios les ha inspirado. Dios ha utilizado todas sus facultades humanas pero al mismo tiempo las ha elevado.

¿Ellos eran conscientes de que estaban siendo inspirados por Dios cuando escribían? ¿Los autores sagrados, cuando escribían la palabra de Dios, eran conscientes de que lo que estaban escribiendo era por inspiración del Espíritu Santo? Muchas veces sí eran conscientes y otras veces no lo eran. En ocasiones se ve con claridad que sí lo eran porque, por ejemplo, dicen *Oráculo de Yahvé*, es decir, *Palabra de Dios*. Ellos mismos lo están diciendo y a veces remarcan la palabra *Oráculo de Yahvé* o *Esto lo dice Dios*. Otras veces, sin embargo, está bastante claro que no tienen conciencia de que lo que están escribiendo sea Palabra de Dios. Hay un caso, por ejemplo, en el que San Pablo dice en una de sus cartas, *acuérdate de traer mi abrigo que me olvidé en casa de no sé quién*. Obviamente si hubiese tenido conciencia de que esa carta que estaba escribiendo estaba siendo escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo y que iba a ser proclamada por todos los siglos como tal, difícilmente lo hubiese puesto en el libro. Pero eso es lo de menos, el hecho de que el autor según escribía, fuese consciente o no fuese consciente de

ello, es lo de menos. El asunto es que la Iglesia en su tradición ha reconocido en ese escrito la inspiración del Espíritu, y que ha visto la huella de Dios y la predicación de Cristo, recogida en ese libro. Ahora, la prueba de que Dios se ha servido de las cualidades del autor, pero que al mismo tiempo las ha superado, es que incluso el autor puede ser consciente o puede incluso no ser consciente de que está siendo inspirado por Dios. Así hace Dios las cosas, las hace ocultamente. Dice el famoso texto, “Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha”, es así como podemos estar siendo instrumento de Dios sin darnos cuenta. Los autores han podido estar siendo inspirados por Dios, escribiendo palabras de Dios, sin darse cuenta, como también nos puede ocurrir a nosotros. Que estemos haciendo un gran bien sin estar consciente de ello. Además, muchas veces, las cosas mejores que hacemos las solemos hacer sin darnos cuenta de que las estamos haciendo, porque así es el Espíritu que actúa en gratuidad, sin anunciarse.

Pasamos al punto 107 que dice:

107 “Los libros inspirados enseñan la verdad. Como todo lo que afirman los hagiógrafos o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error, la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra.”

Una garantía que tenemos es que los libros inspirados por el Espíritu Santo, los que forman el Canon de la Iglesia, la Palabra de Dios revelada, afirman y enseñan la verdad. Eso no quiere decir que no tengamos que descubrir en ellos géneros literarios o formas de hablar. No podemos interpretar de una manera literal las cosas, sino tenemos que entender cuál es el contexto en el que se narra una cosa y lo que él quiere afirmar con ella. Por eso la Iglesia va discerniendo también las enseñanzas de la Palabra de Dios. Pero hay personas que suelen decir que libros como el Génesis, que habla sobre la creación del hombre del barro y demás, son géneros literarios y, por ende, son mentiras. No, de mentiras no tiene nada, son verdades eternas. “Cielo y Tierra pasarán, pero Mis palabras no pasarán”. Es una garantía tremenda saber que las teorías humanas pasan. Hay filosofías de moda que luego pasan de moda. Pero sin embargo, la palabra de Dios es la misma ayer, hoy, y siempre. No os dejéis engañar por doctrinas extrañas porque la palabra de Dios es la que permanece, la que es eterna, que es capaz de hablar a un hombre del siglo primero y es capaz de hablarte hoy a ti, aquí y ahora. Esa es la fuerza y la potencialidad de la Palabra de Dios. Por lo tanto, tenemos una garantía de que no puede haber error en la Palabra de Dios porque está inspirada.

Cuando decimos que enseñan la verdad, la palabra *verdad*, obviamente está unida al amor, porque bien sabemos que la verdad sin amor puede ser hiriente, incluso ofensiva. Cuando decimos que la Palabra de Dios es la verdad, es una verdad llena de amor hacia el hombre. No disociamos verdad de amor, ni amor de verdad. Pero está claro que tenemos que ser muy humildes ante la verdad. Humildad ante la verdad sabiendo que nosotros no la fabricamos a nuestra medida, sino que Dios nos la da, y es mejor morir por la verdad que sacrificar la verdad. Ya sé que esto que estoy diciendo no es muy políticamente correcto, pero es así. Es decir, por qué tiene tanta importancia de que en la Biblia descubramos la verdad. Pues porque el

hombre ha sido creado para la verdad, y no para su subjetivismo, para hacer las cosas a su medida. Es mejor morir por la verdad que sacrificar la verdad. Es muy importante que digamos que yo estoy hecho para la verdad y Dios me ha dado un instrumento para conocerla, que es la Sagrada Escritura.

Es verdad que hay un misterio en Dios que no podemos alcanzar. No pensemos que como Dios se Revela en Su palabra, que, si yo tengo La Biblia, Dios ya deja de ser un misterio para mí, porque yo en la biblia me lo sé todo. No es en ese sentido. Un misterio no es una verdad de la que no podamos saber nada, sino que es una verdad de la que no podemos saber todo. No podemos saber todo del Misterio de Dios, pero se nos revelan muchas cosas en la Sagrada Escritura y por el hecho de que no podemos saberlo todo de Dios, por el hecho de que siga siendo un misterio, eso no quiere decir que no podamos saber nada. Dios nos ha dicho muchas cosas, que son importantes, que no son curiosidades, que son importantes para nuestra salvación. Debemos tener amor a la verdad y el deseo de descubrirla. Yo no digo curiosidades, digo que estamos creados para la verdad y nuestra vida eterna será conocer la verdad de la visión beatífica, qué es el cielo.

Lógicamente, un signo de que vamos camino a la salvación, camino a la visión beatífica, a la vida eterna, es que tengamos deseo de conocer las Escrituras, de comenzar con el conocimiento de Dios. El amor a la verdad es un aspecto muy importante. Si no se tiene amor a la verdad, difícilmente se va a tener amor a las Escrituras. Además, hay veces que nos dicen cosas que no son agradables, es decir que la verdad debemos aceptarla por verdadera y no por agradable. A veces la verdad nos tira de la oreja y nos hace nuestras reprimendas. Pero un amigo es el que te dice la verdad y enemigo es el que te adula. El hecho de que Dios nos diga la verdad, pues tenemos que serle infinitamente agradecidos, porque por amor nos revela la verdad. Los enemigos te adulan, y quien te ama, te dice la verdad. Por eso decimos, es palabra de verdad, es Palabra de Dios. Por lo tanto, debemos amar la verdad para amar la Palabra de Dios. Decía Santo Tomás de Aquino que toda la verdad, diga quien la diga, viene del Espíritu Santo. Igual que hay la verdad que está en la Sagrada Escritura, también está la verdad que está en la naturaleza. Por cierto, Benedicto XVI, en un discurso que pronunciaba a la Pontificia Academia para las Ciencias, decía que Galileo vio la naturaleza como un libro, cuyo autor es Dios, en una forma similar a como Dios es también autor de las Sagradas Escrituras. Quiere decir que toda la verdad, diga quien la diga, viene del Espíritu Santo. También la verdad de la naturaleza viene del Espíritu Santo. Pero existe una forma suprema de la revelación de la verdad que es la de la Sagrada Escritura. Por eso, yo concluiría la importancia de amar la verdad para estar abierto a la Sagrada Escritura y para buscarla, y para buscar en ella eso que Dios quiere comunicarnos.

Pasamos al punto 108 y con este punto se concluye el apartado *Inspiración y Verdad de la Sagrada Escritura*, que dice:

108 “Sin embargo, la fe cristiana no es una *religión de libro*. El cristianismo es la religión de la Palabra de Dios, no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo Encarnado y vivo. Para que las

Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el Espíritu a la inteligencia de las mismas.”

Esta afirmación de que la fe cristiana, el cristianismo, no es la religión de libro, es una afirmación que puede sorprender. Pues claro, ¿acaso no tenemos como lo fundamental el libro de la Biblia? Sí pero no. Igual, por ejemplo, el islam, se puede considerar la religión de libro, en el sentido de que considera el Corán como el libro fundamental, escrito y dictado. También el islam, cree en la Biblia, pero no como el libro supremo de la revelación. El libro supremo es el Corán. Podemos decir quizá que el islam es la religión de libro. Pero, fijaros que el cristianismo no es la religión de libro. No somos el pueblo del libro, somos el pueblo del acontecimiento, más que del libro. Porque antes de haber sido puesto por escrito, lo que la Sagrada Escritura, lo que la Biblia narra, es un acontecimiento. Un acontecimiento que ha sido puesto por escrito, narrado por escrito o también transmitido por la tradición de la Iglesia. Es que insisto que hay dos fuentes de Revelación, que son la palabra escrita y la Tradición de la Iglesia. Es verdad que tenemos ese libro tan importante que es la Palabra de Dios, pero la presencia de Dios entre nosotros, supera la presencia del libro. El Espíritu de Dios vive en la comunidad. No somos nada al margen del Libro de la Biblia, pero la Biblia no es nada al margen de la comunidad en la que el Espíritu Santo vive. Es así, no somos nada sin la Palabra de Dios, pero la Palabra de Dios tampoco es nada sin la tradición de la Iglesia que la reconoce, que la predica, que la transmite y que la autentifica. Porque incluso la tradición es la que nos dice que esto es Palabra de Dios y no esto otro. No somos entonces el pueblo del libro, somos el pueblo del acontecimiento.

Esto tiene mucha importancia decirlo hoy porque existe un riesgo bastante difundido, el riesgo de decir que lo más importante no es, si Jesucristo hizo este milagro o no lo hizo, lo importante no es que estos acontecimientos que cuenta el Evangelio sean históricos, que Cristo resucitase, qué más dará si el sepulcro se quedase vacío o no se quedase vacío, o que la Pasión de Cristo sea como se cuenta o no sea como se cuenta. Lo importante no son esos hechos históricos. Lo importante es los valores que transmiten los Evangelios, lo importante es que transmiten unos valores de solidaridad. Alguno diría, “Mire, usted está reduciendo la Palabra de Dios al valor ético o moral que pueda transmitir, pero lo importante de la Palabra de Dios es el acontecimiento verdadero que tiene lugar.” Lo principal de la Palabra de Dios es que es verdad. Y como es verdad, es buena, y como es verdad, nos transmite valores. Pero cómo hablar de valores, olvidando que la Sagrada Escritura nos habla de acontecimientos, de que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Cuando uno va a Nazareth, y allí en la casa de la Virgen ve escrito, *hic verbum caro factum est*, aquí el Verbo de Dios se hizo hombre, vemos que es un acontecimiento que tuvo lugar en esas coordenadas históricas, en ese tiempo y lugar, en el que el Verbo se hizo carne y vino a nosotros, Dios entra en la historia. La Biblia no es únicamente una narración de valores hermosos, éticos, morales, sino la afirmación de acontecimientos. Vivió entre nosotros, habitó entre nosotros, puso su tienda entre nosotros. Frente a la tendencia de difuminar lo histórico, muy propia de la nueva era y a veces también de explicaciones secularizadas del cristianismo, afirmemos que somos el pueblo del acontecimiento y la verdad no se inventa, sino que acontece y nuestra tarea es descubrirla y proclamarla.

Esto es importante, porque por eso decimos que esto no es la religión del libro o que a veces, por ejemplo, se quiere explicar o expurgar la Palabra de Dios diciendo, vamos a ver, es que este pasaje es de un género literario y ponemos en cuestión su historicidad. Si es Palabra de Dios, es Palabra de Dios, y la afirmación que me hace es palabra de vida, más allá de las distinciones que me quiera hacer el exégeta. Así de claro, es decir, “es que mire usted, en el pasaje de Lucas dice esto y lo otro, con lo cual yo entiendo que este texto no tiene el mismo grado de historicidad que...” Esto es Palabra de Dios, y como Palabra de Dios inspirada, no tiene margen de error en la afirmación que nos hace. Incluso, podemos garantizar la veracidad, la veracidad de lo que nos quiere transmitir ese texto, más allá de los estudios histórico-críticos de historicidad o no historicidad. Hay una verdad que se transmite que está por encima de los estudios histórico-críticos porque son Palabra de Dios, porque esa palabra, recogida en ese texto, es Palabra de Dios, inspirada por el Espíritu Santo. Es decir, no es el estudio histórico-crítico el que le da garantía de veracidad, porque lo que Dios quiere revelarnos está más allá de la prueba de historicidad de un texto, desde el punto de vista histórico-crítico.

Insisto en la afirmación central, no somos la religión de libro, somos la religión del acontecimiento, de la Palabra, de la palabra que a veces es escrita y de la palabra que a veces es oral. Por último, se nos remite a ese famoso pasaje de los discípulos de Emaús, en los que al final, después de que se han encontrado con el Señor Resucitado, ellos dicen, “entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras, y les dijo, así está escrito, el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos, y en su nombre se proclamará la conversión, el perdón de los pecados, comenzando por Jerusalén. Vosotros seréis testigos de todo esto, es decir, es el Espíritu Santo el que abre el entendimiento de los discípulos de Emaús, para comprenderlo todo.

El Espíritu Santo no sólo actúa para poner por escrito una cosa, sino también actúa para poderlo comprender. Nos abre el entendimiento para comprender las Escrituras, para aplicarla a nuestra vida, para que no sean únicamente palabra escrita sino palabra interpelante, que te interpela, que te toca el corazón, que es como espada tajante de doble filo, que penetra en tu corazón y te sientes no interpelada por ella. Eso también es obra del Espíritu Santo. No sólo es obra del Espíritu Santo el inspirar al autor para ponerlo por escrito, sino también, ablandar tu corazón para sentirte interpelado, para sentir que Dios toca tu interior. Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas. En alguna ocasión lo he dicho, creo que de los quienes predicamos, no todos tenemos que ser predicadores de la Palabra, pero quienes por el Ministerio Sacerdotal hemos recibido de una manera más explícita la predicación de la palabra, pues hemos sido testigos muchas veces de cómo, en la celebración de la Santa Misa, en la proclamación de la Palabra de Dios, en la Homilía, a veces uno dice algo, y luego se queda impresionado de que al terminar la Santa Misa, alguien acude a la sacristía y ve que se ha sentido interpelado de una manera que conmueve, incluso a veces hasta pensando esa persona que tú sabías algo de ella y que le has echado una indirecta desde el púlpito. Te das cuenta de que esa persona ha escuchado la palabra de Dios, que el Espíritu Santo le ha abierto el corazón y la ha recibido como si desde toda la eternidad Dios hubiese escrito eso para él. Esto te impresiona verlo porque el Espíritu Santo ha trabajado ese corazón, lo ha preparado para esa predicación.

Incluso puede ocurrir que una misma Palabra de Dios se dirija a dos personas y cada una la capte bajo una perspectiva distinta, complementaria por supuesto, y les toque y les derribe de su particular caballo, cuando iban camino de Damasco y se encuentran con el Señor.

Por eso decimos también que el Espíritu Santo no sólo actúo para ponerlo por escrito sino a nosotros para acogerlo, al mismo tiempo que la Iglesia para predicarlo. El predicador dice, ven Espíritu Santo, ven a mí para que yo sea instrumento tuyo a la hora de predicar esta palabra, que tu espíritu me mueva a mí para predicarla como movió al autor para escribirla. Y el que escucha la palabra dice ven Espíritu Santo, ayúdame a escuchar esta palabra para acogerla con la misma humildad que María acogió la Palabra de Dios en su seno.